

Esperanza

JOSEP OTÓN

Nuestra sociedad se jacta de ser tolerante, comprensiva y condescendiente con determinadas flaquezas, pero, en el fondo, se escandaliza de la vulnerabilidad propia y ajena. Al no alcanzar nuestros ideales, optamos por rebajar la exigencia ética, como si de un gusto estético se tratara. Actitudes y comportamientos pugnan por revestirse con una aureola de bondad y relegar a sus contrarios al ostracismo de lo anticuado, lo malo e, incluso, lo nocivo.

Algunos cristianos se sienten desconcertados ante esta deconstrucción cultural. Ven tambalearse los fundamentos de la religión. Se inquietan ante el vuelco transgresor de la escala de valores y adoptan una postura defensiva con la intención de salvaguardar la fe frente al envite de un supuesto progresismo.

Ahora bien, tal vez hayamos olvidado el potencial creativo del Evangelio. La esperanza no se asienta en el posible acierto de los vaivenes de ninguna sociedad, sino en la capacidad de volver a empezar una y otra vez. No se trata tanto de un ingenuo optimismo como de la constatación de la provisionalidad de lo real. Entonces es posible reconciliarse con la vulnerabilidad conscientes de que no tiene la última palabra.

El bautismo es una invitación a nacer de nuevo, a asumir la oportunidad de levantarnos cuando nos fallan las fuerzas. Es sumergirse en un impulso que trasciende la contingencia de la vida. En el bautismo de Jesús en el Jordán se abrieron los cielos y se reveló la auténtica identidad de un joven carpintero de Nazaret. Cada bautizo es un ejercicio de esperanza al confiar que la vida del bautizado, bien sea un niño o un adulto, no está condenada de antemano a someterse a la volatilidad de un mundo sin alma. Otra realidad nos ampara. *

